

ULTIMA MISION DEL "PILOTO PARDO". VISIONES DE LA ANTARTICA.

Javier Nicolás

*Para mi gran amigo Hermann Brokordt,
Comandante del Destacamento IM
"Cochrane", artífice de este viaje.
Para el Comodoro Oscar Manzano,
quien hizo posible que fuera impecable hasta
en sus mínimos detalles.*

*S*e me había encomendado una misión: escribir sobre la Antártica. Mientras estaba en cubierta del *Piloto Pardo* pensaba en ello, en la gestación del viaje. Fue el pasado mes de diciembre, en mi primera visita a Chile, cuando tuve la ocasión de conocer buenos amigos y gente muy interesante, y hallar, sobre todo, una hospitalidad magnánima hacia el extranjero.

Como español, pues, debo decir que en Chile he encontrado mi segunda primera patria. Y fruto de aquella primera visita, fue la invitación para este segundo viaje, a la mítica Antártica.

Mientras partía de Punta Arenas, hacia tierras ignotas, en un buque de la Armada, con un centenar de desconocidos marinos, ignoraba aún la gran fraternidad que iba a alcanzar con ellos, y el calor de hogar que iba a devenir el *Piloto Pardo* para mí.

Ya las luces de Punta Arenas desaparecían, el balanceo del buque iba a formar parte de la musicalidad de los posteriores días, el aire marino iba a filtrarse por todas las rendijas de mis sentidos, y el fragor de los mil ruidos de la embarcación iban a envolverme benignamente de ahí en adelante.

El estrecho de Magallanes íbamos a reconquistarlo de noche, al amparo de las estrellas y de la Cruz del Sur. Con sigilo y callada constancia pasábamos entre dos aguas en pos de la conquista del Atlántico.

Y poco después, una vez más, el *Piloto Pardo* iba a surcar las aguas del temido mar de Drake, temible Paso para todo navegante. Empero, en esta ocasión, y sabedor de su última travesía, el tiempo fue fantástico y pudimos atravesarlo sin problemas. También gracias a que, como supersticiosamente se dice, no llevábamos a bordo a ningún cura con sotana ni huesos de ballena.

Tres días dura la travesía del Drake en condiciones normales. Aprovecho para familiarizarme con el buque, con sus costumbres, con su agitada vida, con sus vaivenes, con su disciplina. Alguien me comenta en broma el "lema" de a bordo: "Lo que se mueve, se saluda; lo que no, se pinta". Reina una camaradería total y absoluta. El agua lo domina todo, la inmensidad líquida, su profundidad, como en una sinfonía de Brahms.

Oteamos el horizonte, con el vigía, desde el púlpito, para avistar los primeros icebergs, las probables ballenas, los visitantes voladores: un viejo petrel marrón, gigantesco, da vueltas y más vueltas alrededor del *Piloto Pardo*, aprovechando las corrientes, marcándonos el camino, enmarcándonos con cinta de oro el gran paisaje que tenemos delante. Avistamos los primeros petreles tableros, volando en grupo, jugueteando con nosotros y consigo mismos en vuelos rasantes y perfectamente sincronizados; jugando al ajedrez imaginario con sus prístinos cuerpos voladores, en una jugada de jaque a la reina sin posibilidad de ganarles, pues su vuelo es maravilloso e inalcanzable.

Una orca pasa cerca del buque; sólo le vemos el lomo y apenas una aleta. Fugaz visión del tamaño del mamífero, en un esfuerzo de pasar inadvertida, consciente de su papel estelar en la jugada maestra del Mar de Drake.

El *Piloto Pardo* se me vuelve cada vez más familiar, como Chile y su alma milenaria, como el carácter de su gente, como sus canciones, la música, su onda conciliatoria. Paseo por la borda, subo más y más escaleras, recorro pasillos, acaricio balaustradas; me familiarizo con proa y popa, amura y aleta, escotilla y camarote...

Como su lema indica, "Vencer o Morir", así veo yo el carácter del chileno, de su Armada, del trabajo laborioso y efectivo de los oficiales en momentos difíciles. Los primeros pingüinos saltan en grupos fuera del agua, como gráciles delfines, indicándonos el camino a seguir; proporcionalmente tan diestros en el agua, como torpes en tierra, este animal emblemático de la Antártica va a convertirse en bello símbolo y mascota de todo el viaje, aparte del fiel "Drake", perro que nos acompaña en esta travesía, Husky listo, pero constantemente afectado por el mareo.

"¡Tierra a la vista!"; por fin avistamos la isla Rey Jorge, en las Shetland del Sur, primera tierra antártica en este viaje. La visión me produce una sensación de extrema felicidad, y doy gracias a Dios por haberme llevado hasta allí. Los preparativos para el aproximamiento y el fondeo son altamente interesantes. Los hombres trabajan sabedores de su profesionalidad; el Segundo Comandante, don Roberto Luengo, reparte órdenes aquí y allá, en perfecta armonía y precisión.

La bahía donde fondeamos, en el estrecho Bransfield y enfrente de la isla Nelson, es muy bella. Las bases científicas se reparten por doquier y con su color anaranjado dan el toque mágico de algo irreal en este paisaje antártico. La base Teniente Marsh, ahora Presidente Frei, destaca entre las otras, con su Villa Las Estrellas omnipresente.

Tengo inmensas ganas de pisar tierra firme después de cuatro días en el barco. La tarde se está poniendo, y la luna empieza a mostrarse con fuerza. El paisaje se hace más irreal, si cabe.

A bordo de una zodiac, bajamos a tierra. Imaginariamente concedo un beso papal a esta tierra. Visitamos antes que nada la pequeña iglesia en el promontorio, que preside Villa Las Estrellas. Allí, individualmente, oramos y damos gracias por haber arribado bien a la Antártica. Después damos un corto paseo y visitamos un poco la base chilena, perteneciente a la Fuerza Aérea de Chile. Luego volvemos al *Piloto Pardo*.

Al día siguiente, la vida a bordo es febril, nadie está quieto: se bajan contenedores, las zodiac traen y llevan bultos, las grúas muestran sus brazos a derecha e izquierda, el *Piloto Pardo* abre para ello sus entrañas en forma de bodegas: los helicópteros van y vienen... Se ha venido a trabajar e indudablemente cada uno conoce con matemática precisión lo que debe hacer, y lo hace. Nosotros, el puñadito de civiles, bajamos a tierra para no estorbar.

Visitamos las diferentes bases de la isla: la base rusa de Bellingshausen, a mi juicio algo deteriorada y abandonada; el refugio argentino, ahora solitario; el precioso y bien cuidado poblado de Villa Las Estrellas, con su oficina de correos, su pequeña oficina bancaria, su cuidada escuela, y sus casas; el llamado casino, cercano a la pista de aterrizaje, con su hostería y hangar; y la base chilena propiamente dicha.

Más tarde tenemos la ocasión de ir al refugio alemán, el "Deutsche Hütte" en la Ardley Island, donde nos explican la vida y milagros de los pingüinos de la Antártica: los Adelia, los Maccaroni, los papúas, etc... Visitamos la pingüinera, donde los polluelos están ya cambiando el plumaje para ya enfrentarse a la dura vida del mar. Y por último vamos a la base china, "La Gran Muralla", donde nos acogen amistosamente.

La bahía Fieldes, con el *Piloto Pardo*, se ve realmente bellísima, su imagen, recortada en el agua, con el bello paisaje que la enmarca, es igual a un fragmento de poesía y a un acorde ilimitado de música; es difícil describir a veces aquello que sobrepasa los límites normales de nuestra percepción normal de las cosas, y aquel paisaje verdaderamente lo lograba.

El día siguiente nos depara la visión del continente antártico en todo su esplendor: la Tierra de O'Higgins en su extremo norte, la punta del gran iceberg llamado Antártida. Estamos rodeados de enormes icebergs, de pequeños "gruñones" por doquier. La niebla es espesa, y el cielo no se ve, y la visibilidad escasa, pero ello no empujea para nada la maravillosa visión de la base O'Higgins al fondo, con la presencia omnisciente de la enorme estación-radar de la base alemana.

Si en la base Presidente Frei el trabajo era incesante, aquí es imparable: día y noche se lucha con-

tra el cansancio y el frío, por turnos rotatorios; estos hombres cargan y descargan sin fatiga las bodegas del *Piloto Pardo*. El tráfico, pese a las condiciones climatológicas, es intenso. El espectáculo del entorno es sorprendente, extraño, mágico, envolvente.

Los leones marinos dormitan sobre los icebergs, impertérritos y apáticos de todo lo que se cuece a su alrededor; los pingüinos alborotan, saltan y esperan la llegada de los visitantes en la base militar O'Higgins. La música, al llegar a puerto, nos da nuevo brío y fuerzas, dando aviso de que el *Piloto Pardo* se acerca; el "Yo tenía un Camarada" o la "Badenweiler Marsch" suena incluso mejor en estas inhóspitas pero tan cálidas tierras.

Algún iceberg cruje en lontananza, con la subsiguiente caída de hielo y la creación de una enorme ola; es realmente un espectáculo excepcional. Con la zodiac bajamos luego a una pequeña isla, para la posibilidad de la colocación de un faro. Paseamos entre los icebergs, nos acercamos a ellos, con sus ingentes e inacabables paredes verticales, verdaderas obras de arte, donde el color azul, en sus diferentes tonalidades, insulta por su belleza, por su transparencia, por su magnificencia.

Llegados a la isla, paseamos entre cientos de miles de pingüinos, que huyen alborotados, casi les tenemos que pedir permiso para pasar, debido a la ingente cantidad; el guano hace que el terreno sea resbaladizo; acaricio a un polluelo, su madre me recrimina y la saludo cortésmente, retirándome para no perturbar aquella dorada calma austral.

En la base O'Higgins nos reciben calurosamente, y nos enseñan toda la instalación, pieza por pieza. Allí el aislamiento es prácticamente total, especialmente en invierno. El Comandante de la Base nos explica alguna cosa, y el Segundo nos detalla los pormenores de la Base: la dureza y crueldad del invierno, la terrible soledad, y el apiñamiento y camaradería de los hombres, el trabajo constante de licuación de hielo para la obtención de agua, la presión dominante, el alejamiento de los seres queridos. En estas latitudes, por debajo de los 60 grados, se comprende cuál ha de ser el temple de estos hombres para aguantar todo ello.

Visitamos también la base alemana, más fría por lo técnico de sus máquinas y ordenadores, pero muy cordiales. Ellos estudian el movimiento de las grandes placas sub-oceánicas, que es de apenas algunos milímetros por año. Luego damos una vuelta por los alrededores de la Base: subo a una pequeña loma, donde el paisaje es soberbio; el silencio es apenas roto por los trabajos de carga y descarga en la Base; la neblina acaricia los icebergs, y el *Piloto Pardo* aparece y desaparece entre ella, como algo esotérico, al igual que el "buque fantasma" esperando a su "Holandés errante" que dé las órdenes para izar las velas.

Saludamos a un león marino que yace descansando en tierra, lo acariciamos y nos muestra la salud de sus dientes; no le molestamos más y nos paramos simplemente a contemplarlo. Más allá un enorme macho se sumerge en el agua. Los skúas nos vigilan desde arriba, esperando lanzarse encima nuestro; nos acercamos a sus polluelos; la paloma antártica, tan blanca y virgen como su nombre, posa elegante entre pingüinos y gaviotas.

Da vuelta al buque, y después de escalar por las "garras del gato", nos invitan, a los civiles, al cóctel de bienvenida para los militares de la base O'Higgins. La velada es para mí, como español, todo un gran acontecimiento y un honor. El Segundo Comandante del AP 45 *Piloto Pardo*, don Roberto Luengo, abre tal acontecimiento con un entrañable discurso sobre el emblemático buque y la Antártida, con unas palabras muy cálidas. Seguidamente toma la palabra el segundo de a bordo en la base O'Higgins, del cual desgraciadamente, su nombre no puedo acordarme, pero que es tan simpático como cordial y valeroso en sus palabras sobre la Soberanía Nacional, la Patria y los valores eternos de la Armada y el Ejército.

Los aplausos y los vítores se suman a los vivas; las canciones pasan de boca en boca, con el rasgueo de la guitarra o la música enlatada. Se cantan los himnos del Ejército y la Armada, los himnos patrios, canciones populares, canciones marinas; el clima es cada vez más cálido, de franca camaradería. Hasta a mí se me hace el honor de pronunciar un pequeño discursito, como invitado del *Piloto Pardo* y como español en este tan honorable puesto de ser el último extranjero de la misión antártica de este buque insignia de la Armada chilena.

Extranjero, sí, pero no extraño entre este puñado de entrañables camaradas australes. Y de ello les hablé, citando a un viejo amigo mío, general de la SS. alemanas, León Degrelle, quien dijera que una vez cumplido nuestros deberes, ¿qué más da morir a los treinta o cien años?, breve o larga la vida sólo

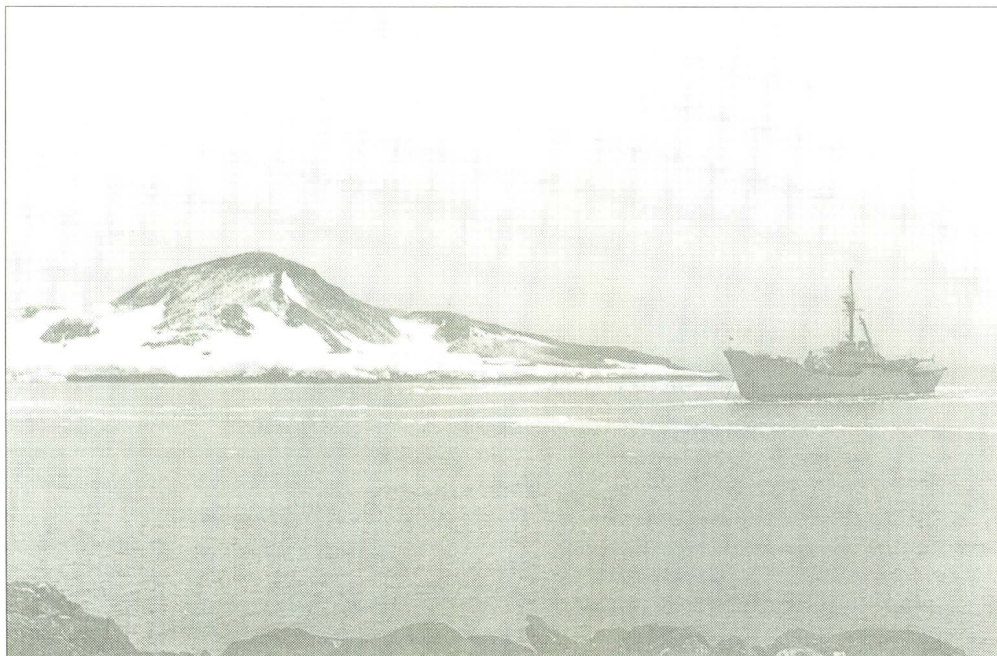
vale algo si en el instante de entregarla no tenemos que sonrojarnos de ella. Y yo creo que los hombres del Ejército y la Armada chilenas son de este temple; les decía, que hacen suyo el lema de "Mi honor se llama fidelidad". Que como representante de la llamada "Madre Patria", estaba más que orgulloso de aquellos hijos a quienes podría llamar con justeza hermanos o padres. Que daban la vida por controlar y vigilar la soberanía de la patria chilena, allende los mares, por las lejanías australes, en islas recónditas o en parajes de cordillera andinos. Y por ello brindé aquella noche, porque a pesar del frío austral, allí, en aquel buque y en aquellas tierras lejanas, pero al tiempo cercanas, ese frío había sido combatido por el calor de los corazones que allí había yo encontrado.

La bahía Covadonga nos acoge satisfactoriamente. Al día siguiente, 18 de febrero, tenemos una celebración especial, pues es el 47º aniversario de la creación de la Base. Ya las barbas han desaparecido de los rostros oficiales, todo está bellamente engalanado y cada uno forma en su sitio: La Armada y el Ejército, y los civiles. Estos últimos de observadores. Se inaugura el acto con palabras del Segundo de la base, y posteriormente se hace entrega de los nuevos ascensos.

El oficial que preside el acto, el Comodoro Oscar Manzano, da un breve pero interesante discurso sobre la actividad de la Armada en la Antártica y de la creación de la base O'Higgins. Luego se canta un himno y se disuelve la reunión. Nos invitan a un lindo almuerzo, y posteriormente nos despedimos de aquella maravillosa gente de la base O'Higgins, pues a primera hora de la tarde nos vamos ya de allí, rumbo a base Arturo Prat. Antes, recojo algunos huesos de foca, piedra y alguna pluma, vestigios para mí importantes de aquella maravillosa tierra. Me despido de aquel paisaje antártico continental con un "Hasta luego", pues es difícil decir adiós a algo que te llevas consigo, que yace en la memoria, en la retina, por largo tiempo; que no se desprende de uno tan fácilmente, tal es el paisaje antártico.

Esa noche tengo ocasión de charlar bastante con el Comodoro, don Oscar Manzano, sobre España, de la cual es gran admirador y amante de su cultura; sobre la Antártica, de la cual es gran conocedor; de la Armada, a la que ha servido durante años. Gran conversador, me da muchos detalles y datos sobre la historia de Chile.

El viaje hasta la base Prat nos iba a deparar de todos modos, algunas gratas sorpresas. Nos habían dicho que por esa zona se avistaban ballenas. Estuvimos en la borda mirando y observando el mar incesantemente. La temperatura exterior, era bajísima, con una sensación térmica de 11 grados bajo cero. El



El Piloto Pardo fondeado en bahía Covadonga.

aire nos helaba el rostro y nos hacía llorar de frío. Pero la espera valió la pena. Por la popa a babor, un chorro de aire delató la presencia de un cetáceo, seguido de una cabeza y de pronto, de un inmenso salto surgió cuan grande era. La visión fue sorprendente. Era un grupo de tres ballenas que daban saltos y nos enseñaban las siluetas de sus colas.

Un poco más tarde, apareció por estribor otro grupo de como cinco ballenas más, y poco después otro grupo de tres, por la proa. Pareciera que se hubieran dado cita todas ellas para mostrarse ante nosotros, en un elegante desfile acuático de modelos. Nosotros, los civiles, los "cucalones", estábamos muy contentos, felices de haber completado el viaje a la Antártica con aquellos cetáceos tan extraordinarios. Fue bellissimo.

Ya al anochecer, recalamos en la base Arturo Prat, enfrente. Al día siguiente, nos llevan en helicóptero hasta allí. Nos enseñan esta base emblemática, la primera base chilena en estas tierras australes. Vemos el interesante museo fotográfico y paseamos por la zona visitando los leones marinos.

Con Pato Alvarez, otro de los civiles, nos escapamos y nos dirigimos hacia arriba, hacia una montaña que nos llama con su omnipresencia, cual canto de sirena a Ulises. Tenemos que ir por el glaciar, atravesar profundas simas en forma de grietas, desplazarnos por una empinada subida de piedras sueltas y resbalosas, pero finalmente, después de un buen rato, llegamos a la cúspide. La subida ha valido la pena, la vista desde allí es magnífica, el espectáculo fascinante, el día azul y soberbio. Es nuestra despedida de nuestro idílico paisaje. Cuando llegamos más tarde a la base, nos dicen que allí se mató el Capitán Pedro González Pacheco, intentando subir, pero en invierno.

Visitamos, en helicóptero, la base ecuatoriana, donde uno de los científicos nos explica cómo recogen muestras de agua, líquenes, algas, etc... para determinar el grado de contaminación. Volvemos sobrevolando los icebergs en vuelo rasante, algo sobrecogedor, y vemos la Antártida desde otra visión superior; el *Piloto Pardo* se ve fabuloso.

Por la tarde, ya definitivamente, nos despedimos de las tierras australes. Desde el puente, vemos las maniobras, y la salida hacia el mar abierto por la Table Mountain de nuevo hacia las fauces del paso Drake, que otra vez se muestra benévolo con nosotros.

Y recuerdo entonces la bella misa que tuvimos a bordo, con el buque tambaleándose lentamente, el sacerdote español, el Padre Gutiérrez, leyendo la expresiva oración de la Virgen Peregrina: "Has que yo sea siempre fiel a mi Dios y a mi bandera...", con los oficiales y marinos allí formados, en una comunión en alta mar como nunca antes había experimentado.

Y aquella noche, última vez que el *Piloto Pardo* iba a atravesar esas aguas del Drake, después de 35 años de intachable servicio, celebremos el último cóctel en su honor. Las predicciones de nuestro buen meteorólogo Miguel se cumplieron y el Mar estuvo tranquilo. El segundo de a bordo, don Roberto Luengo, leyó un discurso muy emotivo y particularmente interesante sobre la tripulación que hizo por vez primera esa travesía. Incluso se puso en contacto con el oficial que entonces estaba al mando.

Después tomó la palabra el comandante al mando del *Piloto Pardo*, don Carlos Risso, quien también habló muy cariñosamente de este último viaje del *Pilotito*, y de la importancia del mismo en las diferentes campañas Antárticas chilenas. Como colofón se cantaron las viejas canciones de siempre, se escucharon himnos y marchas, y nos fuimos a dormir con el ánimo levantado. En cierto modo, habíamos asistido a un viaje histórico, con un buque histórico.

Ya el viaje tocaba a su fin. Después del Drake, siguió la visita a Puerto Williams, los canales fueguinos, la isla Dawson, sin olvidarme del mítico cabo de Hornos, para terminar en Punta Arenas. Fin del viaje, del periplo.

El viaje a la Antártica ha cambiado algo en mí. En cierto modo cada uno cambia cuando hay algo lo suficientemente profundo como para que ello se produzca. Decía Hölderlin que "el hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona"; en cierto modo, la Antártica hace que soñemos y en ese estado onírico, estamos más próximos de lo divino que de lo terrenal. Y acabando con Hölderlin: "quien se limite a aspirar el perfume de esta flor (de la Antártica) no llegará a conocerla, pero tampoco la conocerá quien la corte, sólo para aprender de ella".